
Francisco Rivero

Departamento de Humanidades

Revolución y Modernidad



Las revoluciones modernas, sean ellas de izquierda o de derecha, conducen fatalmente a la negación de la conciencia y la libertad. Por revoluciones de izquierda me refiero a las llevadas a cabo en Rusia por Lenin, en China por Mao y en Cuba por Castro. Por revoluciones de derecha me refiero a la fascista de Mussolini en Italia y a la nacional socialista de Hitler en Alemania.

La "teoría" de estas revoluciones, su modelo conceptual, lo que técnicamente se llama ideología revolucionaria, es un producto occidental, es el resultado de lo que histórica y filosóficamente se llama "Modernidad". El padre intelectual y filosófico de la Modernidad es Descartes. La Modernidad es por eso, esencialmente, una visión filosófica del mundo, una visión del Orden entero de la Realidad. Esa visión se distingue, entre otras cosas, por su pretensión de ser, o de haber descubierto definitivamente y para la humanidad entera, el criterio o camino único, incommovible y absoluto de la Verdad. No se trata pues de una visión entre otras, se trata de una visión, o saber, o ciencia, "definitiva"; se trata de la certeza de haber alcanzado la posibilidad de trascender y superar de una vez por todas y de manera absoluta, el error, la irracionalidad y la ignorancia que han aquejado desde siempre a la humanidad, así como a todos los males que de éstas se derivan.

Este "nuevo" saber o nueva ciencia, es pura y absolutamente racional y lógica, por eso está al alcance



de todos, es absolutamente objetiva, y es técnica, metódica y universalmente transmisible y comprobable. El descubrimiento de esta nueva "ciencia" o de esta absoluta y definitiva "racionalidad", marca el inicio de una nueva historia y de una nueva humanidad. Desde su punto de vista, el pasado entero de la humanidad queda no sólo epistemológica, sino ontológicamente superado. Esto significa que lo que se le plantea como destino y deber a la humanidad, de ahora en adelante, no solo es deslastrarse o emanciparse en nombre de la razón y de la ciencia de la irracionalidad y la ignorancia en que según esta visión termina resolviéndose el pasado entero de la humanidad, sino también y simultáneamente, avocarse a la construcción del "hombre nuevo".

La "Modernidad", en otros términos, es en sí misma "la revolución", por eso las revoluciones de izquierda o de derecha a las que aludimos antes, lejos de ser su negación, no son sino su lógica y necesaria consecuencia y consumación. Esto, en términos generales, no es tomado en cuenta en Occidente, donde tanto los líderes políticos y sociales, como los formadores de opinión, siguen erróneamente contraponiendo Revolución a Modernidad, o Mercado a Revolución, o Neo- Liberalismo a Revolución.

La crisis del mundo actual está en gran parte determinada por esta ignorancia de la naturaleza de la Modernidad occidental con su obsesiva pretensión de recrear al Hombre, al Mundo y a la Historia de la Humanidad en términos de la lógica de su nueva y supuestamente definitiva versión de la ciencia, el progreso y la racionalidad. No hay, por eso, salida a nuestra situación si no entendemos la naturaleza de la Modernidad; si no entendemos que ella misma es la crisis: la fuente revolucionaria originaria de la que manan las pretensiones hegemónicas, el común radicalismo y la aparente oposición entre "Mercado" y "Revolución".

II

Las crisis universales son, esencialmente, crisis espirituales, concreta y específicamente, crisis espirituales de la cultura mundial dominante. En la actualidad, la cultura mundial dominante es la cultura de la Modernidad occidental: la cultura del occidente racionalista y materialista moderno. Dado el influjo masivo que esta cultura ha ejercido y ejerce sobre el resto del mundo, podría decirse que las crisis mundiales actuales, mas que crisis del Mundo, son crisis del racionalismo y materialismo occidental dominante y de la visión y praxis revolucionaria que de éste se derivan.

Los orígenes filosóficos e históricos de esta visión y praxis revolucionaria Moderna se encuentran en las premisas del racionalismo filosófico fundado por Descartes en el siglo XVII. Partiendo de esas premisas, la filosofía "moderna", o el racionalismo filosófico moderno, termina resolviéndose en dos grandes modelos o paradigmas de acción y de conciencia: el modelo de la "Revolución" y el modelo del "Mercado". Ambos modelos o paradigmas se consideran a sí mismos como la consumación y el cumplimiento del entero pasado moral, espiritual, intelectual e histórico de la humanidad y el inicio o el advenimiento de una nueva Historia y una nueva Humanidad.

¿Cómo se llega a semejante posición? ¿Cómo es posible semejante presunción? Dicho de otro modo, que define el carácter revolucionario del racionalismo filosófico moderno fundado por Descartes? Lo define, esencialmente, la descalificación ontológica del Mundo; la sustitución del Mundo por la Conciencia de Sí como primera, absoluta y originaria Realidad y Evidencia. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir, que de ahora en adelante el Pensamiento definirá a la Realidad: no la Realidad al Pensamiento. Quiere decir, que una vez negada o relegada la realidad e independencia ontológica del Mundo, una vez reducida o fenomenizada su existencia, la Sola Conciencia queda erigida en juez y árbitro único de la Realidad y su Orden. Quiere decir, en dos palabras, que de ahora en adelante el sólo Pensamiento juzga, define y norma la Existencia.

De ahora en adelante, la autonomía de la Razón o la Conciencia no será sólo moral: será ontológica, es decir, absoluta. El espíritu humano no tendrá, consiguientemente, ni reconocerá, norma: será su propia norma, será "norma de sí". La Razón, la sola Razón, se basta. De ahí, entre otras cosas, la autosuficiencia ontológica y moral de la Acción humana, especialmente la de la Ciencia y la Libertad modernas. El hombre es libre absolutamente. Esto quiere decir que es libre de toda trascendencia: de toda trascendencia ontológica y de toda trascendencia moral. El hombre o la humanidad serán al fin, por eso, como lo afirmó en la Antigüedad el sofista Protágoras, "la medida de todas las cosas". O más radicalmente aún, el hombre o la humanidad serán, como en su visión nihilista y blasfema de Dios se lo propuso el Tentador al Hombre en el Jardín del Edén, "como Dios".

La absolutización radical de la conciencia es, pues, el fundamento del radicalismo revolucionario moderno. La autosuficiencia ontológica de la con-

ciencia, en otros términos, es “la revolución”; es la premisa común de la Modernidad en cualquiera de sus versiones, neo liberal o revolucionaria; es la condición de la posibilidad del “hombre nuevo”, tanto del revolucionario como del “progresista o emancipado o liberado” de las sociedades de mercado de occidente; y es, por último, el fundamento de la identificación Moderna entre Razón y Poder que hace inevitable el culto al Poder y la consiguiente perversión de la libertad que tanto el Mercado como la Revolución exhiben.

III

Hacer abstracción del Mundo; sustraerse al Mundo; separar, aislar y vaciar a la Mente del Mundo; no ver, oír, tocar, gustar, sentir, ni vivir a la Existencia, solo “pensarla”: este es el principio de la filosofía moderna, éste es el rasgo distintivo del racionalismo filosófico fundado por Descartes.

Esta filosofía, con su rechazo intencional y metódico del Mundo y su inevitable y consiguiente absolutización del Pensar y la Conciencia, es la raíz del radicalismo revolucionario moderno. Es esta filiación Racionalista la que explica que la índole primaria y esencial de este radicalismo no sea ética ni religiosa, ni tampoco social, económica, o política, es decir, no sea originariamente fáctica, histórica y realista sino, “a temporal, a histórica y abstracta”. Dicho de otro modo, es esta filiación filosófica Racionalista la que explica que la “revolución” moderna, sea formal y esencialmente una “Abstracción”: un puro modelo o construcción mental cuya “lógica” o realidad existe en el sólo y puro “pensamiento”. Esta condición “Abstracta” es la raíz de su drama y su tragedia. Debido a ella la revolución moderna es, literalmente, un “sueño de la razón”, y los sueños de la razón, como lo vió y expresó Goya en su momento, “engendran monstruos”.

Condicionada por la “lógica” que resulta de a) la negación de la existencia independiente y efectiva del Mundo; b) la inevitable absolutización del Pensamiento o la Conciencia que de ello se deriva; y c) la consiguiente reducción del Ser o la Realidad a “idea”, “concepto”, o pura “representación” u “objeto” de la Mente, la Revolución Moderna, sea en su forma “liberal” o en su forma “socialista”, termina fatalmente resolviendo a la Verdad, el Bien, la Justicia, la Vida, la Libertad y la Existencia en pura “Lógica” o “Sistema”: esto es, en un “Proceso” anónimo, impersonal, necesario, abstracto, objetivo y absoluto, íntegra y perfectamente analizable, previsible y con-

trorable y por lo tanto, técnica, metódica y “científicamente” administrable y gobernable.

Esta “Conciencia” racionalista, cuyo aislamiento de la efectiva existencia y realidad del Mundo hace posible la reducción del Ser y la Razón a pura Lógica o Sistema, será considerada como la encarnación definitiva y absoluta del Saber y de la Ciencia. La obediencia a esa “Lógica”, la adecuación de la vida y de la acción a los preceptos y requerimientos del “Sistema”, serán considerados a su vez, como la esencia de la Libertad, la regla y norma del Bien y el principio y fundamento de todo Derecho, Legitimidad y Justicia. De ahora en adelante, la Moral y el Imperio de la Razón se identifican; la Moral y la Lógica del Sistema, sea éste el de la “Revolución” o el del Mercado”, se identifican. De ahora en adelante, la Razón y el Poder, y por lo tanto, la Moral y el Poder, se identifican. Esta Lógica Totalitaria, éste Absolutismo del Sistema, esta liquidación monstruosa de la autonomía de la Persona y su Libertad, es el fruto “ilustrado, emancipado y progresista” de la comprensión “moderna y racionalista” de la Razón y la Libertad.

IV

El racionalismo moderno se articula histórica y filosóficamente en dos grandes corrientes: la idealista proveniente de Descartes, y la empirista proveniente de F. Bacon, T. Hobbes y J. Locke. Ambas corrientes comparten, entre otras cosas, la tesis de que la Razón, la verdadera y auténtica Razón, es esencial y constitutivamente Poder.

Esta reducción de la Razón a Poder define la esencia de la Modernidad y es la fuente de la idea ilustrada, de que a través de la nueva “Racionalidad” la Humanidad superará la ignorancia, el error y la superstición y se liberará definitivamente de todo límite y necesidad. La difusión de esta doctrina, asegurará a su vez, el “Adviento del Progreso y la Libertad”, es decir, el descubrimiento y asunción por parte de la Humanidad de su verdadero Destino y su auténtica Vocación, a saber, la de recrear, según los parámetros de la nueva Razón y por lo tanto “racional y científicamente”, el Orden entero de la Realidad.

Esto supone, nada más y nada menos, que la sustitución de Dios por el Hombre como fundamento absoluto de la Realidad. La Revolución moderna, socialista o liberal, trasciende, por eso, el plano de la sola crítica o transformación, política, económica y social y se ordena fatalmente a lo que es de por sí imposible de cambiar: la estructura misma del Orden ontológico y moral de la Realidad. Como lo expresó

Nietzsche inolvidablemente en su *Gaya Ciencia*, lo que la Modernidad pretende es la “muerte de Dios”, el cual sería sustituido por una Humanidad “autónoma, independizada y liberada” de toda normatividad esencial; de todo orden, subordinación y jerarquía ontológica y moral; de toda Verdad, Bien, Deber y Moralidad.

Puesto en términos Bíblicos, lo que se busca es la sustitución, en el corazón del hombre, de la Ley por la Libertad. La Ley estaría representada por el Primer Mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente y todas tus fuerzas y todo tu corazón”. La Libertad por la incitación del Tentador al Hombre en el Jardín del Edén: “Serás como Dios”. Una vez aceptada esta falsa oposición proveniente de Lutero y la Reforma, la sustitución del Amor de Dios, reducido a Ley, por la Voluntad de Poder, erigida en Libertad, se convierte en una fatalidad. Dicho en otros términos, una vez aceptada la falsa y sofisticada oposición entre Libertad y Ley proveniente de Lutero y la Reforma, la sustitución del Amor de Dios por la Voluntad de Poder será asumida como el mandamiento nuevo de la Modernidad, como el fin y norma del Proyecto o Proceso del Progreso y la Revolución.

Ahora bien, la reducción de la Razón a Poder o a Voluntad de Poder en que se funda la Modernidad, es, como lo vio Nietzsche, la fuente misma de su quebranto y disolución. Esto es así porque la identidad entre Razón y Poder supone y conduce, inexorablemente, al nihilismo, es decir, a la negación absoluta de toda Verdad, Orden, Sentido, y Finalidad, de la índole que sea, incluyendo la del “Proyecto Revolucionario” mismo y su fe, “racional y científica”, en el Progreso y la Liberación que se revelan así, dadas sus premisas, como máscaras y disimulaciones de la única, sola y soberana Voluntad de Poder en que se resuelve y anula “la verdad del culto moderno” al Mercado y la Revolución.

V

Ni la “Muerte de Dios”, ni la “muerte de la Verdad”, el Bien, la Persona, el Espíritu y la Libertad fueron locuras o inventos de Nietzsche para quebrantar la autocomplacencia del culto Moderno al Progreso y a la Razón”. Ese culto, propagado por el afán Moderno de sustituir a Dios por mitos como el del Empresario-Providencia, creador de puestos de trabajo y mediador universal de “Bienestar, Progreso y Felicidad”, o como el del Revolucionario-Redentor, mediador universal del “Hombre Nuevo, la Justicia y la Liberación”, deriva entero del nihilismo que

resulta de la identidad entre Razón y Poder que define a la Modernidad.

Nietzsche no funda, pues, el nihilismo moderno: lo constata, describe su “psicología”, descubre sus disimulaciones y sus máscaras, diagnostica su curso, identifica sus implicaciones, define sus exigencias. Entre ellas, la de que no hay Verdad y si no hay Verdad, tampoco hay razón, ciencia, fines, sentido, ni principios, lo cual significa no sólo la disolución del edificio entero de la Modernidad, sino la disolución de cualquier edificio, de la índole que sea, es decir, la disolución del alcance, jerarquía, y significación ontológica y moral de toda Norma, Ley, Orden y Principio: nada tiene fundamento porque no existen Fundamentos.

Negar a la Verdad, no es por eso “liberarse”. Negar a la Verdad es negar al Ser, es afirmar que no hay nada que Ver y si no hay nada que Ver, no hay nada que juzgar o decidir, no hay nada que amar, desear, esperar, encontrar, elegir, añorar o rechazar. El querer mismo carece de sentido y la soledad ontológica y moral del hombre es absoluta. En un contexto semejante, la mente, el juicio, la elección y la conciencia son la vivencia misma de la nada. Pensar es un infierno. ¿Y la libertad? ¿Qué puede ser la libertad si todo acto libre se ordena a un fin y no hay fines? ¿Qué, sino también ella pura inanidad y vacío? Por eso es que hay que aturdirse, no pensar, no buscar, no preguntar, drogarse, engañarse, distraerse, ocuparse: sobre todo ocuparse, de modo compulsivo, obsesivo, absoluto, para liberarse así del Pensar y la Conciencia. No es, pues, accidental el desprecio del occidente Moderno por las Culturas y el Espíritu; no es accidental su obsesión Técnica, su absolutización del Poder, su culto al Éxito, la Acción y la Eficacia.

Para justificar y disimular esta muerte espiritual, para aliviar y narcotizar la íntima desesperación de su alma, el occidente Moderno ha creado las ideologías. Ellas son las mitologías modernas; las fórmulas que nos eximen de pensar; las grandes recetas técnicas de la felicidad universal; los narcotizantes sustitutos del Ser, el Mundo, Dios, el Hombre y la Conciencia que nos “salvan”, como magistralmente lo describió Dostoyevski en su Leyenda del Gran Inquisidor, no sólo de la Nada, sino del Pensamiento, la Vida y la Libertad. Con tal, por supuesto, que le entreguemos el alma, que abdiquemos del propio juicio y la libertad, que accedamos en convertirnos, total e incondicionalmente, en activistas o engranajes del Proceso, o Culto o Sistema o Liturgia de, por ejemplo la Nación, el Estado, la Ciencia, la Humanidad, el Mercado, la Raza, el Progreso o la Revolución.

Esta enfermedad espiritual, esta auténtica patología del alma, esta ceguera moral y espiritual, esta radical y voluntaria alienación de la mente y la voluntad, esta basura intelectual, es lo que el occidente "Moderno" en nombre de la "Ciencia, el Progreso y la Liberación", pretende imponerle hoy al mundo a través del culto ideológico al Mercado o a la Revolución.

VI

La tesis de la identidad entre Razón y Poder conduce a la afirmación de que no hay Verdad; de que toda decisión y juicio es relativa y circunstancial; de que no hay, consiguientemente, ni puede haber, en ningún sentido último y esencial, Ser, Bien, Mente, Sentido, ni Libertad. En este nihilismo concluyen los sueños de la Modernidad.

¿Qué queda entonces, si no hay Mente ni Libertad? Quedan las "formas" de la Mente y la Libertad: queda la "Lógica". Una lógica "liberada e independizada" de la Verdad, el Bien y la Libertad. La Lógica "dura" de la Ciencia y de la Técnica; la Lógica "libre" de la fantasía y de la imaginación, y subyaciéndolas a todas, la Lógica de las Lógicas: la lógica del Vacío, la Nada y la Desesperación; la lógica del Absurdo y la Inanidad que deriva de "obliga", "autoriza" y "ordena" al crimen, la muerte, el suicidio y la destrucción.

Dicho en otros términos, dada la lógica del nihilismo y dada la inevitabilidad de la acción, la Mente y la Libertad solo se cumplen en el vicio, el crimen y la depravación. No sólo se puede pecar: se debe pecar. Esta es la esencia de la nueva ciencia o racionalidad; esta es la esencia de la libertad; esta es la única y verdadera ética y espiritualidad: la última lógica a la que el hombre, inseparable del razonamiento y de la verdad, desesperadamente obedece y se aferra en su afán de sentido y finalidad. En esta profanación demoníaca de la mente y la libertad, se resuelve el ethos del culto al Poder, la Eficacia y la Acción que informa a la "Modernidad". Este es el término al que conducen lo que hoy entienden por "Libertad", Derecho y Autonomía tanto el "Mercado" como la "Revolución".

La identidad entre Razón y Poder conduce, pues, a la instrumentalización y funcionalización de la Razón. Esto conduce a su vez, a la relativización o reducción de la Verdad, el Bien y la Libertad, a Poder. Si la Razón es Poder, todo es Poder, o máscara del Poder, absolutamente. Esto supone la destrucción de la Razón, la Persona, la Conciencia y la Libertad,

no solamente de hecho, sino de iuris: en tanto que principios y normas de vida y acción. Esto lo demuestran hasta la saciedad la praxis y el derecho, sociedades liberales y revolucionarias Modernas.

Liberalismo y Revolución no son, por eso, alternativas: son máscaras del Nihilismo y la Voluntad de Poder que minan a la civilización occidental moderna y a través de ella a todas las culturas de la Tierra. Esta falsa y fatal alternativa es, sin embargo, lo que hoy en Venezuela, tanto gobierno "revolucionario" como oposición "liberal", plegándose a la mortífera lógica de la "modernidad", le están ofreciendo, criminal e irresponsablemente al Pueblo y a la Nación como camino de progreso, justicia y liberación.